

Desenmascarando a G. Beauville del "Heraldo de Cuba"

ACLARANDO UN INCIDENTE PERSONAL

CON motivo de un artículo publicado en "Heraldo de Cuba", nuestro Subdirector señor Ferreira, designó su representación en demanda de una explicación al director de dicho diario, la que constituida se ha visto obligada a dirigir a su representante la siguiente carta:

Habana, 10 de diciembre de 1924.

Señor Desiderio Ferreira.

Querido amigo:

Cumpliendo tus instrucciones, en la noche de ayer nos personamos en la redacción de "Heraldo de Cuba", con objeto de pedir, en la forma más cordial, una aclaración sobre el artículo que bajo el título de "Un Prestigio Invulnerable", publicó dicho colega en su edición de ayer.

Nos recibió el señor Gustavo González Beauville, que asumió la responsabilidad del trabajo, manifestándonos que para ventilar la cuestión nos entrevistáramos con sus representantes, señores Evelio Alvarez del Real y Miguel Mariano Gómez.

Al iniciar hoy por la mañana las deliberaciones, dichos caballeros dieron lectura a la carta-poder de su apadrinado, carta cuya copia te adjuntamos, y que por los conceptos que contiene, ofensivos para tu persona, según nuestro criterio, nos obliga a retirarnos de la cuestión, ya que el inesperado acontecimiento, tan fuera de la costumbre, hace entrar la cuestión en una nueva fase que nada tiene que ver con el incidente periodístico para el cual fuimos designados.

Así lo hicimos saber a la parte contraria, y ante la absoluta imposibilidad de llevar más adelante la demanda, te devolvemos los poderes con que nos honraste.

Tuyos, afectísimos amigos y ss. ss.,

(f): Juan GOVEA.—(f): Sergio CARBÓ.

He aquí la carta a que se refieren los señores Carbó y Govea:

Habana, diciembre 9 de 1924.

Señores Evelio Alvarez del Real y Miguel Mariano Gómez.

Distinguidos amigos:

He recibido la visita de los señores Sergio Carbó y Juan Govea, que han venido a verme en representación del señor Desiderio Ferreira, el cual me reta por un suelto que aparece hoy en el periódico que dirijo, relativo a los frecuentes "chantages" de algunos titulados periodistas.

Ignoraba que el señor Ferreira fuera hombre de letras, y me ha sorprendido saber que, además del ejercicio de las armas, cultiva el periodismo. Al profesor lo conocía ha tiempo. Hemos tenido, inclusive, relaciones afectuosas. Ignoraba, sin embargo, la nueva orientación del señor Ferreira; pero me dicen sus padrinos que este Ferreira que me reta, es el mismo Ferreira que suele aparecer retratado en un periódico de esta capital y que resulta ser Subdirector de dicho diario.

En este carácter de Subdirector, el señor Ferreira se cree en el caso de pedirme una reparación que no le debo, y que, por consiguiente, me ofrece este dilema: o el señor Ferreira es un provocador gratuito, que quiere batirse de todos modos, o el señor Ferreira es hombre que no puede sufrir, sin sentirse aludido, trabajos periodísticos de carácter general, en defensa del decoro del periodismo, y donde sólo se satiriza a los mercenarios de la pluma.

Realmente, el señor Ferreira me crea una situación difícil. Yo no estoy obligado a batirme con él; y al mismo tiempo no quisiera que, ni el señor Ferreira ni nadie, pudieran figurarse que, en el cumplimiento de lo que yo considero mis deberes periodísticos, me impresionen los lauros esgrimísticos, los títulos académicos en el manejo de las armas, ni mucho menos la leyenda de lejanos y famosos duelos en los que todo el mundo muere como en los dramas antiguos.

De todos modos, esta vez como siempre, quiero que la cuestión planteada se ventile dentro de las prácticas establecidas; que se le ofrezca al señor Ferreira la oportunidad que solicita si es que en realidad tiene derecho a ella, y al efecto, ruego a ustedes se sirvan representarme cerca de los señores indicados.

Muy afectuosamente de ustedes,

G. G. BEAUVILLE.

HABLA EL SEÑOR FERREIRA

ASI ha respondido Beauville—faltando a todas las reglas del honor que él no conoce—, a una demanda mía, hecha correctamente y con todo derecho; le he pedido una aclaración caballeresca, y él, sin dar lugar a ventilarla normalmente, me insulta y trata de vilipendiar en una carta poder, en la que lastima de paso la delicadeza de dos caballeros amigos suyos que hicieron el enorme sacrificio de representarlo. Yo tengo el derecho de enviarle una nueva representación por esta nueva ofensa, inaudita entre personas decentes y que saben la corrección exquisita con que deben tratarse las cuestiones de honor. Pero González acaba de demostrar que no sabe lo que es el honor, y yo no puedo ya tratarlo como a un caballero. Se trata de un rufián enmascarado, que vive y medra en una sociedad honrada y tolerante, y yo, en beneficio de esta sociedad cubana que lo padece, quiero desenmascararlo.

En primer lugar, Beauville, aunque lo niega—pero su opinión no hace al caso—, me conoce como periodista hace mucho tiempo, no por mis trabajos firmados de **EL HERALDO**, escritos por mí—todo el mundo sabe que los que firma Beauville “se los escriben”, puesto que su cerebro, así como su corazón, son demasiado pequeños en relación a su cuerpo—, no por mis trabajos de **EL HERALDO** solamente, sino por mis trabajos durante varios años en “El Imparcial”, “La Lucha” y de Director propietario de “Cuba Cinematográfica”—, mucho tiempo antes de que Beauville se convirtiera por arte de magia en “hombre de letras” y en director de periódico, para tristeza y desdoro de sus contemporáneos y de su partido. “Este Ferreira”, pues, además de ser maestro de armas, es periodista. Y por si acaso existiese alguna duda sobre el particular, debo decir que mi condición de maestro de armas no me inhabilita para reclamar caballerosamente cuando me creo injuriado: en todo caso, en el momento lamentable de un duelo, sé renunciar a todas las ventajas, dando al adversario la elección de armas y de condiciones. Los señores Govea y Carbó tienen unas instrucciones mías en este sentido, redactadas en previsión de toda contingencia.

En segundo lugar, Beauville, insultador gratuito de su partido, de la sociedad en que vive, del cuerpo legislativo a que inmerecidamente pertenece y de su sufrida raza, tiene sobre sus espaldas el pesado y odioso fardo de su vida pública, en la cual no hay un sólo espacio que no esté repleto de ingratitud, de grosería, de vileza y de cobardía. El tratarlo correctamente como he hecho yo, es una merced de la cual él no es digno, ni como hombre ni como ciudadano. “Este Ferreira” es un periodista honrado, prudente y modesto, y “ese Beauville” es un trepador, escoria corrompida de un período de transición republicana, propicia a la exaltación peligrosa de los entes abyectos. Todos lo conocéis, y todos sabéis que digo la verdad, obligado por las circunstancias y con dolor de mi alma.

“Este Ferreira”, maestro de armas, no ha abusado nunca de su condición de tal, ni ha provocado a nadie jamás; pero sabe guardar su nombre con virilidad y con dignidad; y ahora, después del gesto rufianesco de Beauville, no está dispuesto a mancharlo poniéndolo a la altura del suyo, ilustre por la miseria que lo macula y por la falsa posición a que lo ha encumbrado una perversión sexual pasiva, conocida por todos y pagada espléndidamente.

Desiderio FERREIRA.

Heraldo - Dic 11 / 24